

FOTO: DANIEL HERCE



SE BUSCA POETA

PABLO MORENO

Pablo Moreno Prieto (Sevilla, 1977) es miembro del Consejo de Redacción de *Númenor* y ha colaborado en revistas literarias como *Renacimiento* y *Nadie parecía*. Ha publicado poemas en la antología de poesía joven sevillana *La búsqueda y la espera* (Kronos, 2001) y en *Los cuarenta principales* (Renacimiento, 2002). Es autor de tres poemarios: *Clara contraseña* (Númenor, 2002, que fue accésit del Premio Luis Cernuda 2001), *Discurso de la ceniza* (Rialp, 2008, que fue accésit del premio Adonáis 2007), y *Lauda* (Siltolá, 2011, ganador del Premio de Poesía de la Fundación ECOEM 2011.)



ATARDECÍA

Omnia mea mecum porto

Si el día se adelanta y precipita
su sombra
y ves por la ventana a los vencejos
coronando la luz en su inicial caída.
Si al corazón te asomas y es noche cerrada
cuando el café expande su aroma evocador
de otra tarde que nunca tuvo fin
porque eras feliz o al menos lo sentías,
espérate.
Levanta la cabeza,
no escribas nada. Busca paciente en la repisa
un disco —por ejemplo de Scarlatti—
y detente en la música: la armonía del clave,
en su allegro y después en el adagio,

cómo te va diciendo la manera de estar
solo.
Cómo dentro de ti, sin darte cuenta,
vas llevando a la gente que alguna vez quisiste.
Y al momento congregas,
junto a la mesa de tu cuarto
a una muchedumbre.
Y al final de la quinta sonata, en el compás
que antecede al silencio, estás hablando
contigo.
Pero qué compañía la de ahora:
serenos arreboles, la luz amoratada.
Y entonces, sí, el folio preparado
y la mano dispuesta al verso que querías:
nunca estaremos solos.

(De *Clara contraseña*)

CANDEAL

*El poeta (...)
todos los días come pan
pero nunca ha visto
un panadero.*

Qué milagro el del pan
con su blancura
dentro.
Qué vasto poderío
se esconde tras la noche

que después
de desgarrarnos
y empapar con sudor
nuestro desvelo
devuelve a la mañana
este prodigio:
el pan
con su blancura
que se entrega
sin preguntar si alguno lo merece.



LA CASA EN OBRAS

Entras despacio a contemplarla toda.
Bajo tus pies, su queja. Soledad,
tienes aroma de cemento viejo.
En sus paredes frías el pudor
de los primeros hombres al mirarse
tan desnudos, ridículos y pobres.
Los arquitectos qué poco tardaron
en pensarla, y apenas unos días
tan sólo el albañil piedra con piedra.
Pero toda una vida es necesaria
para llamarla hogar y el pan contigo.
Y, zas, a un golpe de piqueta, nada.
Y está cayendo el tacto de tu estirpe
en los espejos, la oquedad temblando.
El rostro de tu abuela lo dibuja
el polvo en la ventana. Tus hermanos
son las palabras que murmura el viento.
Tus padres cimentaron estos muros
y esta saga se extiende sobre el frío.
Te alejas muy despacio,
no quieres ver sus muros derrumbados.
En tu interior, la casa verdadera
se alza sin ceniza sobre el tiempo.

(De *Discurso de la ceniza*)

IX

Bendito aquel que enciende una candela
contra la noche oscura y vigila su casa.
Bendita sea toda su estirpe congregada
alrededor del fuego.
Bendito el resplandor y quien lo enciende.
Bendito sea siempre.
Con un fanal tan sólo habrá aprendido
la lengua de los muertos.

X

Virgen de los granados,
color de las cerezas.
Enséñame a mirar
la flor de cada cuerpo,
pero no con mis ojos.
La agitación que es mayo
con el jazmín de noche.
Enséñame a mirar
como solo tú sabes
mirar: ojos de olivo,
ojos de huerto en mayo.
Blancura de los cuerpos
hermosos que se pudren
en el fragor del aire.
Enséñame a mirarlos
más allá de esta hora,
de este calor ansioso
de muerte y primavera.
Virgen de los granados,
pero no con mis ojos,
tranquilos al mirarme,
ya por fin, en los tuyos.

(De *Lauda*)